

Ares y mares

Exilios

Ida Vitale

No hace mucho pareció interrumpirse el exilio boliviano. Ahora, la amnistía más o menos espontánea que ha iniciado el gobierno de Chile quizás termine con el de muchos chilenos. No quiero atreverme en el campo restringido de los politólogos, en el que tantos se pasean como por un prado sin bardas. (Así nos va.) Pienso en el problema individual del exilio. Viví durante casi toda mi vida ajena a la violencia política. El exilio era un problema remoto: Artigas en el Paraguay, Martí en U. S. A., Dante fuera de Florencia. En todo caso me tocaba estar en el campo magnánimo, que acoge al perseguido, al despojado, al desesperanzado. De cuando en cuando un cambio político en los países vecinos, sobre todo en Argentina, provocaba un aluvión provisorio; así muchas familias se entretijeron, muchas amistades definitivas.

Un día, la Guerra Civil Española trajo un exilio más dramático: por lejano, desamparado y duradero. En realidad no había demasiada diferencia en cuanto a carga dolorosa con ese otro dramático exilio del que huye del hambre y de la falta de destino. La numerosa emigración de los italianos del sur que llegaban de tierras de pan negro, secas, agota-

das, no sutra menos, de seguro, por lo que dejaban atrás: familias, tradiciones, recuerdos. No contaban con la solidaridad de nadie, no tenían capacidades para elaborar ese sufrimiento y convertirlo en algo positivo, en arte, por ejemplo. O los otros españoles que llegaron antes, gachupines en México, "gallegos" genéricos en el Sur, expulsados por un sistema de herencia medieval, que daba lo poco al hermano mayor y dejaba sin nada a los menores. Tenía Alberti una ácida y graciosa sabiduría de sus muchos años sudamericanos: "Nunca debe uno quedarse mucho en un país. Al llegar eres el gran poeta español Rafael Alberti. Un tiempo después eres ese gallego de mierda".

Pese a todo esto, el mal del exilio no es un mal exterior, no proviene de aspectos negativos del país al que se llega. A poco que el extranjero establecido supera los desajustes iniciales, las infinitas diferencias de lenguaje, hábitos, gustos, origen de una serie de, no correspondencias entre el resto del mundo y él, empieza el verdadero drama del trasterado. Echará raíces, amores, amigos en la nueva tierra, sin olvidar ni ver a los que dejó en la suya. Drama que se hace insoluble si tiene hijos y éstos

crecen y hacen su patria de la adoptiva de sus padres. La separación entre las generaciones se hará mayor aún. Rara vez los hijos entienden esa nostalgia de un pasado no sólo alejado en el tiempo sino en el espacio. Con los años, a veces llega como una necesidad ritual, metafísica, imperiosa, el ansia de volver al suelo natal, ya independientes los hijos, aunque aquel sea lo único intacto de un pasado abismalmente remoto.

¿Qué podría encontrar esa viejecita armenia que emprendía un viaje agobiador desde el sur hacia un hogar del que faltaba hacia sesenta años? ¿Qué esos indios que vuelven a sus pueblos arrasados por la historia y el progreso? No es raro entonces el asentamiento definitivo, con la muerte en la mitad del alma la que quedó ligada sin remedio a lo que vertiginosamente se aleja o se destruye en otra parte. Cuenta Montale, en una de sus prosas de *Fuera de casa*, que en Estrasburgo, una ciudad donde las cigüeñas son sagradas, el parque zoológico tiene muchas de ellas en jaulas con cartelitos que explican las razones de su captura: *demasiado débil para partir, caída del nido, herida por un insensato, enferma*. Las jaulas no tienen techo. Las cigüeñas, ya curadas de sus males podrían partir. Casi humanas, no lo hacen.

EL SOL DE MÉXICO

La "Caja Negra" del Avión de Graiver Nunca se Halló

EL SOL DE MEXICO y Meyer Viajaron Juntos

N. de R.— Según un cable de UPI publicado ayer, la "caja negra" del avión en que viajaba David Graiver, autor de una de las estafas financieras del siglo, fue comprada en 5 dólares y llevada a Nueva York por Robert Meyer. En ese viaje a las montañas de Guerrero en agosto pasado estuvo el SOL DE MEXICO. Esta es la versión exacta de los hechos.

Por Carlos FERREYRA

Estábamos en el Cerro del Burro, Gro.— El norteamericano alto y grueso, sacó del bolsillo un sextante electrónico; parado junto al sitio donde chocó el avión del argentino David Graiver, midió distancias con un telémetro y se orientó respecto a la entrada de la aeronave a